

dado á entender que adoraba á su hija — dijo el señor Childers, adelantándose algunos pasos, para mirar en el baúl.

El señor Childers, lo mismo que maese Kidderminster, andaba de una manera excéntrica, con las piernas más separadas que la mayoría de los hombres y las rodillas tiesas, ya afectada ó, cuando menos, exajeradamente. Este modo de andar era común entre todos los escuderos de la Compañía Sleary, como indicando que se pasaban la vida á caballo.

— ¡Pobre Sissy! Mejor hubiera sido que le hubiesen hecho aprender un oficio — dijo el señor Childers, dando á su cabellera una nueva sacudida, después de terminar el examen del baúl vacío. — Cuando menos podría contar con algo.

— Tal sentimiento honra á V., que nunca ha estado en aprendizaje — replicó el señor Gradgrind, en señal de aprobación.

— ¿Yo? Empecé el aprendizaje á la edad de siete años.

— ¡Oh! ¿De veras? — dijo el señor Gradgrind, arrepintiéndose de la buena opinión que acabara de manifestar. — Ignoraba que los jóvenes tuviesen costumbre de hacer el aprendizaje de...

— De la pereza — intercaló Bounderby, echándose á reir con estruendo.

— ¡Ni yo, ¡pardiez! ¡Ni yo tampoco!

— Su padre tuvo siempre la idea — dijo Childers, fingiendo ignorancia completa de la existencia de Bounderby — de que Sissy recibiera una buena educación, con lo que aprendería el diablo y todo su séquito. Como le vino semejante idea á la mente, lo ignoro; únicamente sé que no le salió de ella. Le ha hecho enseñar un poco de lectura aquí, otro poco de escritura allá, y algunos rudimentos de cálculo en otro sitio, durante los últimos siete años.

El señor E. W. B. Childers sacó del bolsillo una de sus manos, acaricióse el rostro y la barba, y miró al Sr. Gradgrind con aire que denunciaba mucha inquietud, entreverada de esperanza. Desde el principio de la entrevista, había tratado de granjearse la simpatía de ese personaje, en interés de la niña abandonada.

— Cuando Sissy fué recibida en la escuela — prosiguió — su padre estaba alegre como Polichinela. Por mi parte, no comprendí bien el porqué, toda vez que no nos establecemos nunca en sitio alguno, pues somos aves de paso. Entiendo, sin embargo, que había determinado ya jugarnos la trastada; siempre ha sido algo loco, y habrá pensado que, marchando él, su hija se colocará. Si acaso hubiera V. venido esta noche, para anunciarle algo en beneficio

de su hija — dijo el Sr. Childers, acariciándose de nuevo la barba y mirando al Sr. Gradgrind con el mismo aire de indecisión — sería una buena suerte y muy oportuno... ¡Oh! una buena suerte y muy oportuno.

— Venía por lo contrario — replicó el señor Gradgrind. — Tenía el propósito de anunciarle que las relaciones de la niña hacían poco deseable su presencia en la escuela y que, por tanto, no acudiera más á ella. Empero, si su padre la ha abandonado realmente, sin estar en connivencia con ella, yo... Una palabra, Bounderby, si no le sabe mal.

Dicho esto, el señor Childers se retiró cortesmente, con paso ecuestre, hacia el rellano de la escalera, donde se mantuvo en pie, acariciándose el rostro y silbando quedamente. Mientras se daba así á sus ocupaciones, oyó algunas frases de la conversación del Sr. Bounderby, tales como : « No; le digo que no. No haga nada de eso. Créame, por nada del mundo. » También dijo las siguientes palabras al Sr. Gradgrind, pronunciadas en tono menos alto : « Lo haría sólo por demostrar á Luisa á lo que conduce un género de ocupación que ha excitado en ella una curiosidad tan vulgar. Examine V. la cuestión, Bounderby, bajo este punto de vista. »

Entre tanto, los distintos miembros de la compañía Sleary bajaban de las regiones superiores en que se hallaba el cuartel general, reuniéndose en la meseta de la escalera, desde donde, después de hablar entre ellos y con el señor Childers, penetraron poco á poco en la habitación, junto con el propio E. W. B. Childers. Con ellos había dos ó tres mujeres bonitas, sus dos ó tres maridos, sus dos ó tres madres y sus ocho ó nueve hijos, que en ciertas ocasiones servían para desempeñar alguna comedia de magia. El padre de una de estas familias tenía la costumbre de balancear al padre de la otra, en el extremo de una larga barra; el padre de la tercera familia formaba á menudo, con ayuda de los otros dos padres, una pirámide cuya cima era maese Kidderminster y él la base; todos los padres sabían bailar sobre un tonel rodante, andar por encima de botellas, juggleando con cuchillos y bolas, haciendo voltear las pesas, montando á caballo sobre cualquier cosa, saltando por encima de todo sin pararse en ningún sitio. Todas las madres sabían bailar animadamente en la maroma, haciendo ejercicios sobre los caballos ensillados; ninguna de ellas experimentaba el menor escrúpulo en dejar ver las piernas; una de ellas, en un carro griego, conducía sola un tiro de seis caballos, presen-

tándose así en todas las ciudades. Todos procuraban darse aire de malos sujetos y de grandes camastrones. No cuidaban mucho de sus trajes de sociedad; su interior doméstico no era más metódico, y toda la literatura de la compañía no hubiera llegado á producir más que una pobre muestra epistolar, sobre cualquier asunto. No obstante, se advertía en aquellas gentes un fondo de dulzura y de bondad infantiles, una incapacidad especial por todo lo que oliera á intriga, y un apresuramiento incansable para ayudarse y consolarse los unos á los otros, cualidad que tal vez merecía tanto respeto y tanta indulgencia en sus intenciones caritativas, como las virtudes cotidianas de las demás clases de la sociedad.

El señor Sleary fué el último en aparecer. Era, como ya se ha dicho, un hombre gordo; agreguemos que tenía un ojo fijo y otro errante como un planeta; una voz, si merece este nombre, cuyos esfuerzos parecían los de un bofetón estallando; una cara flácida é ideas turbias en una cabeza que no era del todo sobria ni del todo avinada.

— Zeñor, — dijo el Sr. Sleary (que sufría del asma) con una respiración demasiado rápida y difícil, para que pudiera pronunciar todas las sílabas — zervidor de uzté. ¿Ya zabe uzté que

mi clown y zu perro, zegún ze zupone, han tomado la llave de loz cámpoz?

Se había dirigido al Sr. Gradgrind, el cual respondió:

— Sí.

— Y puez, zeñor — prosiguió, quitándose el sombrero y limpiándolo con el pañuelo, que al efecto guardaba en el interior de aquél. — ¿Ze propone V. hacer algo por eza pobre chica?

— Quiero hacerle una proposición, en cuanto vuelva — respondió el señor Gradgrind.

— ¡Tanto mejor, zeñor! No ez que yo dezee quitarme de delante eza chica; pero no quiero impedir el bien que ze trate de hacerla. No pediría otro coza zino que la tuvieran como aprendiz, aunque zea un poco tarde para empezar, dada zu edad. Tengo la voz un poco ronca, zeñor, y loz que no eztán acostumbradoz á ella no me comprenden fácilmente; pero zi, como yo, ze hubiera enfriado y calentado, calentado y enfriado, y dezpuéz enfriado y calentado en el circo durante la juventud, la voz de V. no habría durado tanto como la mía.

— Es posible — dijo el Sr. Gradgrind.

— Vamos, elija V. zu licor, caballero. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Quiere Jerez? Elija zu licor, caballero — dijo el señor Sleary, con cierto gozo hospitalario.

— Gracias; no tomaré nada — replicó el señor Gradgrind.

— No diga graciaz, caballero. Zu amigo no rehuzará. Zi no ha tomado V. zu alimento, beberá un vazo de ajenjo.

En aquel instante se presentó su hija Josefina, joven rubia y linda, que á los dos años había sido atada á un caballo y á doce hizo un testamento, que llevaba siempre encima, en el cual pedía que, si deseaban cumplir la voluntad de una moribunda, la hicieran conducir al cementerio por las dos jacas blancas y grises.

Josefina exclamó :

— ¡Calla, papá! Ya vuelve.

Acto seguido llegó Sissy Jupe, lanzándose á la habitación del mismo modo que salió de ella. Y, cuando los vió á todos reunidos, leyendo en sus ojos, sin sombra de engaño, que su padre no estaba con ellos, dió un grito lamentable y se echó en brazos de una señora, que era muy inteligente en la maroma, la cual se arrodilló, pues estaba en cinta, para acariciar á la pequeña y llorar con ella.

— ¡Ez una verguenza! ¡Ez una infamia, á fe mia! — exclamó Sleary.

— ¡Oh! ¡padre mío, padre mío, adonde has ido! Te has marchado, creyendo hacerme bien, lo sé; te has alejado en interés mío, estoy segura

de ello ¡Qué desgraciado serás y que abandonado estarás, sin mi, pobre padre mío, hasta que te decidas á volver!

Conmovía tanto oirla repetir infinidad de cosas por el estilo, con el rostro levantado al cielo y los brazos extendidos, como tratando de contener y abrazar la sombra del fugitivo, que nadie pronunció palabra hasta que el señor Bounderby, impaciente, tomó el asunto por su cuenta.

— ¡Así, buenas gentes — dijo — desperdiciamos el tiempo de un modo deplorable! Es preciso que esa muchacha sepa lo que ello da de sí. Que lo aprenda de mí, si quiere, pues mis padres me dejaron plantado como si tal cosa. Dí, chiquilla... no recuerdo su nombre. Tu padre ha huido, te ha abandonado, y no debes confiar en verlo en toda tu vida.

Aquellas gentes se preocupaban tan poco del hecho desprovisto de artificio y estaban tan desmoralizadas sobre este punto, que en vez de admirar el buen sentido del orador, prefirieron indignarse. Los hombres murmuraban: « ¡Á la puerta! »; y los mujeres decían: « ¡Bruto! » Entonces el señor Sleary creyó oportuno manifestar lo siguiente al señor Bounderby, por separado :

— Dígame, caballero : hablando con fran-

queza, mi opinión ez de que concluya V. ahí, zin tardanza. Miz compañeroz no zon mala gente, aun cuando zuz movimientoz zean un poco vivoz ¡y zi no zigue V. mi conzejo, que el diablo ze me lleve, zi puedo impedirlez que le echen por la ventana!»

Habiendo calmado al Sr. Bounderby esta insinuación amistosa, el Sr. Gradgrind pudo, al fin, hacer su exposición eminentemente práctica del hecho en debate, diciendo :

— Lo mismo dá que se aguarde ó no el regreso, un día ú otro, de la persona en cuestión, pues no es más probable que la veamos. Se ha marchado, y por ahora no abrigamos la esperanza de que vuelva. ¿ Creo que todo el mundo está de acuerdo en estos particulares?

— Perfectamente, caballero. ¡No zalga de ahí! — dijo Sleary.

— Prosigo. Yo había venido aquí para anunciar al padre de esta pobre chica, Jupe, que no podía admitirla más en la escuela, por diversas consideraciones prácticas (que no he de analizar), las cuales se oponían á la admisión de todo discípulo cuyos padres hubiesen abrazado tal ó cual oficio; pero en vista de este cambio de circunstancias, estoy dispuesto á hacer una oferta á esa niña. Consiento en encargarme de tí, Jupe, educándote y subveniéndote á tus

necesidades. La 'única condición que impongo (además de la buena conducta, como es de rigor) consiste en decidir si quieres acompañarme ó quedarte aquí. Si me acompañas, exigiré también que no mantengas relación alguna con los amigos presentes : estas condiciones envuelven el resumen sucinto de la cuestión.

— Al mismo tiempo — repuso Sleary — preciza que yo diga una palabra, para que zean igualmente viziblez loz doz ladoz de la bandera. Zi quieresz zer aprendiz en mi compañía, Cecilia, ya zabez la claze de trabajo y conozez á tuz compañeroz. Emma Gordon, en el zeno de la cual repozaz ahora, zará una madre para tí y Joze-fina una hermana. No me laz doy de pertenecer á la familia de laz azaz y, zi algun dia llegaz á perder el equilibrio, no digo que ahorre las palabraz de conzuelo ni que ezté parado junto á tí; maz lo que pretendo, caballero, ez que no me ha ocurrido nunca, en loz inztantez de buen ó mal humor, maltratar á uno de miz caballoz, aunque jure cerca de elloz, y no pienzo empezar, á miz añoz, á dar malo ztratoz á una ezeudera. No he brillado nunca como orador, caballero, y he dicho lo que tenía que decir.

La última parte del discurso se dirigía al Sr. Gradgrind, el cual respondió, inclinando gravemente la cabeza :

— La única observación que tengo que hacerte, Jupe, para influir en tu resolución, es que una buena educación práctica es cosa apetecible y tu mismo padre, según se me dice, parece haber sentido y comprendido la importancia de ella.

Estas últimas palabras causaron en la niña una evidente impresión. Cesó en su violento llanto, separóse un poco de Emma Gordon y miró al Sr. Gradgrind en la cara. Todos sus compañeros se sorprendieron del cambio repentino que se operara en ella y lanzaron al unísono un suspiro que quería expresar :

— ¡ Irá con él !

— Reflexiona bien antes de tomar una resolución, Jupe, — dijo como aviso previo el Sr. Gradgrind. — No te digo más que eso. Reflexiona bien antes de tomar una resolución.

— Cuando papá vuelva — gritó la niña, sollozando de nuevo, después de breve silencio — ¿ cómo podrá encontrarme, si me voy ?

— Puedes estar tranquila — dijo el señor Gradgrind con mucha calma (Hacía cálculos sobre el asunto, como si se tratara de una suma). En cuanto á eso, puedes estar tranquila, Jupe. En dicho caso, supongo que tu padre empezará por buscar y ver al señor...

— Sleary. Ezte ez mi nombre y no me aver-

guenzo de él. Soy conocido de uno á otro confín de Inglaterra, por no haber dejado nunca un céntimo á deber.

— Empezará por buscar y ver al señor Sleary, quien entonces le indicará el nombre de la persona en cuya casa estés. No tendré derecho á guardarte contra la voluntad de tu padre, y el Sr. Jupe no tendrá mucho trabajo en descubrir, en un momento dado, la dirección del señor Tomás Gradgrind de Cokeville. Soy bastante conocido.

— Bastante conocido — repitió el Sr. Sleary, con ademán de asentimiento y haciendo rodar su ojo movable. — Uzted ez uno de loz que impiden que entre en mi caja una porción de dinero. Pero no ze trata de ezto ahora.

Se produjo nuevo silencio, después del cual Sissy exclamó llorando y con el rostro oculto en sus manos :

— ¡ Oh ! dadme mis cosas, dadme en seguida mis cosas, y dejadme ir antes de que mi corazón se rompa.

Las mujeres se apresuraron, con tristeza, á reunir los efectos de su amiga, lo que pronto estuvo hecho, pues no eran aquéllos numerosos; colocándolos en una cesta que, desde mucho tiempo, viajaba con la compañía. Durante estos preparativos, Sissy continuó llorando, sentada

en el suelo, y ocultando los ojos. El señor Gradgrind y su amigo Bounderby estaban de pie, no lejos de la puerta, y en disposición de llevarse la niña : el señor Sleary permanecía en el centro de la habitación, rodeado de sus escuderos, cual si se hallara en medio del rondel, durante un ejercicio de su hija Josefina. Sólo le faltaba el látigo.

No bien se hubo cerrado el cesto, en medio del silencio general, alisaron los cabellos de Sissy, y le pusieron acto seguido el sombrero. Después corrieron y se inclinaron hacia ella, en actitudes muy naturales, besándola en la frente y estrechándola en los brazos. Inmediatamente trajeron á los niños para que se despidieran de ella. ¡Oh! ¡qué buenas mujeres! Tan sencillas y quizá tan tontas. Pero, ¡qué corazón más generoso!

— Bien, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind — si estás bien decidida, ven.

Pero tenía aun que despedirse de los hombres de la compañía, y fué preciso que cada cual abriera los brazos (pues en presencia del señor Sleary todos los escuderos afectaban actitudes teatrales) y le dieron el beso de despedida, excepto maese Kidderminster, cuya joven naturaleza no estaba exenta de una dosis de misantropía, habiendo, además, acariciado pro-

yectos matrimoniales, que nadie ignoraba; por lo que se había retirado de antemano, en un acceso de mal humor. El señor Sleary tenía que cerrar el último cuadro. Abriendo los brazos, tomó á la chiquilla con las dos manos y quiso hacerla saltar distintas veces, al modo de los profesores de equitación que felicitan á una escudera, después de haber ésta practicado con éxito un ejercicio hípico; mas no halló elasticidad alguna en Sissy, que estuvo de pie y llorando delante de él.

— ¡Adiós, querida! — dijo Sleary. — Espero que harás fortuna. Ninguno de tuz compañeroz tratará de importunarte, puedez ezta zegura de ello. Quiziera que tu padre no ze hubiera llevado el perro; ez una láztima que no lo tengamos para reclamo. Pero ¡bah! Pata-alerta no haría nada zin zu amo, de manera que ez lo mizmo, dezpuéz de todo.

Dicho esto, examinó atentamente á Sissy, con su ojo fijo, al mismo tiempo que vijilaba la compañía con el movable; besóla y la presentó al señor Gradgrind, siguiendo su costumbre, como si fuera un caballo.

— Tómela, caballero — dijo, después de proceder al examen de la niña, como si acabara de ensillar — y le honrará. ¡Adiós, Cecilia!

— ¡Adiós, Cecilia! ¡Adiós, Sissy! ¡Que Dios

te bendiga! — exclamaron multitud de voces, en la habitación.

Sin embargo, el ojo del maestro de equitación percatóse de la botella de nueve aceites que Sissy estrechaba contra su pecho, y dijo de nuevo :

— Deja aquí eza botella, querida; dura ez de llevar y ahora no te zervirá de nada. Dámela.

— ¡No, no! — exclamó ella, con nuevo arranque de dolor. — ¡Oh, no! Quiero guardarla para papá. Cuando regrese, la necesitará. No pensaba irse, cuando me encargó que la fuera á buscar. Permítame que la guarde para él.

— Como quieras, querida (Ya vé V., caballero). Vamoz, adióz, Cecilia. Miz últimaz palabraz zon de que no faltez á laz condicionez impueztaz, obedeciendo al caballero y olvidándonoz. Pero zi, cuando zeaz grande, cazada y rica, vez acazo á una compañía de acróbataz, no te mueztrez dura con ella ni orgulloza; protéjeloz, pidiéndolez un ezpectáculo, zi puedez, y pienza que podríaz hacer coza peor. Conviene que la gente ze divierta de un modo ú otro, caballero — continuó Sleary, volviéndose más asmático con ese derroche de palabras — No ziempre ze puede trabajar, no ziempre ze puede aprender. Trata de zacar partido de nozotroz, en vez de irritarnoz con tu dezprecio. Ziempre

me he ganado la vida en la equitación, y conzidero que le ezplico la filozofía de la coza, diciéndole : Caballero, háganoz zervir para algo, antez que dezpreciarnoz.

Esta lección de filosofía sleariana se dió desde lo alto de la escalera á los caballeros que bajaban; y el ojo fijo del filósofo, así como el movable, perdieron pronto de vista á los tres personajes y el cesto, los cuales desaparecieron en las tinieblas de la calle.

CAPÍTULO VII

LA SEÑORA SPARSIT

Como el señor Bounderby era soltero, cuidaba de su interior doméstico una señora ya entrada en años, mediante cierta retribución anual. Esta señora se llamaba Sparsit; y puedo asegurarnos que ocupaba un rango muy distinguido, entre los criados uncidos al carro del señor Bounderby, en el cual ese fanfarrón de humildad se cuadraba con aire de triunfo.

No sólo la Sra. Sparsit había pasado en su existencia mejores días, sino que estaba emparentada con familias de pro. Una tía de ella, aun en vida, se llamaba lady Scadgers. El di-